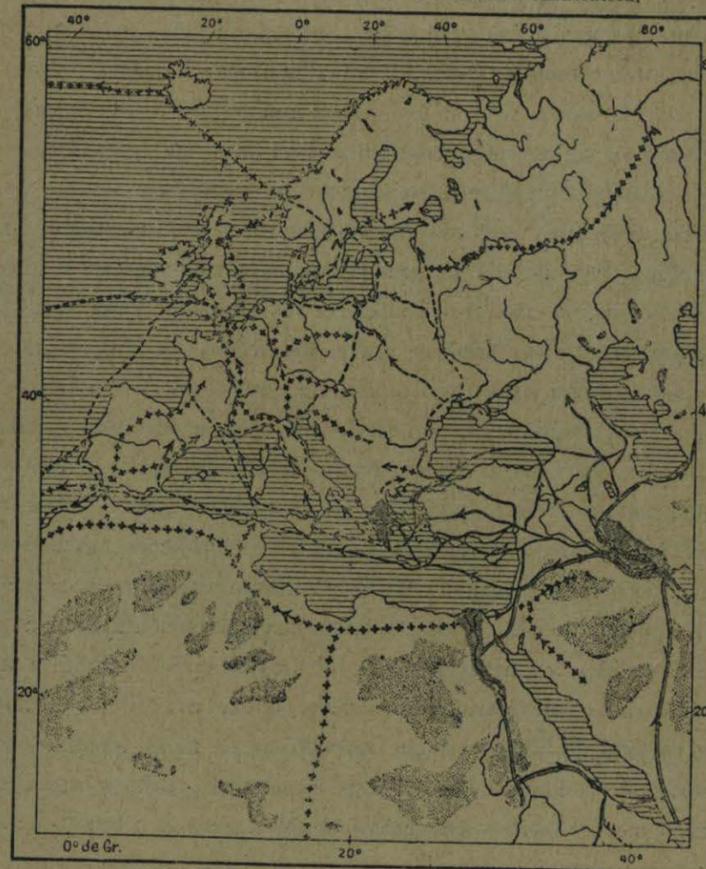
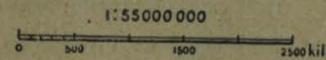


haber sido transportados a lo lejos, hacia el Sol poniente, viéndonos envueltos en plena luz en los cambiantes paños de oro y de púrpura?

N.º 47. Algunos caminos de la civilización eurasiática.



—————	Caminos utilizados lo menos desde 7000 años
—————	4500
- - - - -	2500
+ + + + +	600
	300



Las generaciones se suceden de una manera continua, cada instante se lleva células gastadas y trae células nuevas, nacen individuos que reemplazan a los muertos. Los movimientos de evolución

animales y las plantas: nacen, se fortifican, declinan y mueren, y el estudio profundo indica para todos esos fenómenos causas que pueden clasificarse en categorías de una manera general, bien que las diversas sociedades se entremezclan las unas en las otras y que las instituciones, las religiones, las morales, las civilizaciones se arrogan naturalmente ciertos derechos sobre sus dominios respectivos. Gracias a este estudio comparado, ciertas evoluciones de una sociedad permiten, pues, predecir por analogía cuáles serán sus consecuencias inevitables.

Las condiciones más favorables al desarrollo de un grupo humano, tribu o pueblo, consisten para éste en vivir en paz, pero no aislado, en cambios frecuentes de visita con sus huéspedes, en relaciones activas con sus vecinos, teniendo, por lo demás, cada individuo su parte de tierra y de trabajo. De este modo no existe razón alguna para que la libertad y el valor del grupo disminuyan; éste hasta tiene grandes probabilidades de desarrollarse normalmente y de progresar en inteligencia y en moralidad. Por el contrario, cuando una sociedad se encuentra comprometida en guerras encarnizadas, puede temerle todo y fatalmente la desgracia le alcanzará. Si es vencida, habrá de humillarse, envilecerse y adular al vencedor que la diezma y empobrece; si queda victoriosa, aclamará a sus jefes triunfantes, los elevará sobre los otros ciudadanos, les dará privilegios y, por consiguiente, ocasiones de obrar mal: ciertamente seguirá una era de reacción que puede llegar hasta la proclamación de un cacique de los caciques, de un César, de un dueño absoluto que confisque en su provecho las libertades de todos, y el mal será tanto mayor y más duradero cuanto la nación favorecida por el dios de las batallas aumente la superficie de su territorio, sea por conquistas inmediatas, sea por colonias, y se haga dueña de poblaciones reputadas como inferiores o hasta reducidas a esclavitud. Aunque la anexión por la fuerza sea de pequeña o grande extensión, aldea, poblado o reino, ese robo a mano armada no dejará de tener consecuencias funestas para el inicuo detentador; no podrá conservar su conquista sino a fuerza de crímenes propios de un conquistador: brutalidad, injusticia, violencia y asesinato.

Pero no es necesario que una sociedad haga la guerra de invasión

o se apodere de un territorio extranjero para que se exponga a caer en estado de decadencia moral: basta que en su propio seno se produzcan escisiones permanentes que conduzcan a la formación de clases enemigas, de castas hereditariamente hostiles, y entonces, tanto si muchos se reparten el poder como si le detenta uno solo; que unos «aristócratas» convertidos en mejores por la fuerza de las armas, por un privilegio de nacimiento o por el prestigio de la fortuna, se hayan arrogado el derecho de mandar a la multitud; o también que unos sacerdotes, entre todos los más ávidos de autoridad, se propongan la doble posesión de las almas y de los cuerpos, lo cierto es que la guerra, sorda o declarada, reina entre las diversas partes de la sociedad, y que, por tanto, poderosos elementos de regresión tratan de sobreponerse a todas las causas de progreso. A veces triunfan, y entonces se observa un paralelismo histórico entre ese acontecimiento y otros que se produjeron en otro país en circunstancias análogas. Hasta puede tener el fenómeno su semejante al lado opuesto del mundo; en Oriente y en Occidente situaciones correspondientes se desenlazan naturalmente de la misma manera, de tal modo, que un historiador filósofo, Ferrari, ha querido erigir en ley las semejanzas de aspecto que presentan la China y Europa; tan cierto es, que a pesar de las diferencias esenciales procedentes del contraste entre los medios, las oscilaciones generales de las dos civilizaciones se marcan por curvas de periodicidad notablemente similares.

El estudio profundo de las civilizaciones permite discernir diferentes tipos de evolución característicos. Así como hay naciones que aparecen súbitamente, por decirlo así, en el horizonte de la historia y forman de golpe parte de la civilización mundial, otras pasan de la vida a la muerte por un proceso que puede ser lento o rápido, tranquilo o acompañado de sobresaltos.

De los Potamianos, cuyo orgulloso desarrollo nos muestran recientes descubrimientos, no quedan más que tumbas en las vastas soledades que se denominaron Babilonia y Nínive. ¿No han reemplazado rápidamente la Inquisición y la opresión hermosas ciudades españolas, que se habían desarrollado maravillosamente bajo la influencia de los Moros, por extensiones deshabitadas, por los despoblados y las dehesas? Los Tasmanios, todavía en número de 7.000

cuando el primer viaje de Cook en 1770, fueron sistemáticamente suprimidos en un centenar de años: el último hombre de esta nación se extinguía en 1869 y en 1876 la última mujer: esa es la muerte violenta como la que sufren actualmente los Armenios. Estamos reducidos al trabajo reciente de la inducción histórica en cuanto al número de las poblaciones que elevaron monumentos esparcidos desde las islas del Gran Océano hasta el continente africano, desde la isla de Pascua a las Carolinas y a Zimbabué. ¡Cuántas otras civilizaciones no se ofrecen a nuestra consideración más que por vagos indicios!

La evolución se produjo también por el paso de la salud relativa a la enfermedad. Egipto no está muerta ciertamente, pero ¡qué cambios sucesivos y fases dolorosas en su existencia, desde que le vemos aparecer ya poderosa hija de los dioses! Grecia, China, India no son ya naciones iniciadoras como lo fueron en ciertas fases de su historia, y, sin embargo, los elementos vivaces no faltan allá como en otras partes. ¡Qué diremos de un país que, habiendo perdido su libertad, ve aumentar rápidamente su población!

Un tercer proceso en la marcha de la historia nos muestra el paso de una forma de evolución a otra. Así la irradiación de la Roma actual es de un orden muy diferente que la acción exterior ejercida sucesivamente por la Roma antigua, la Roma imperial y la Roma papal. Aquí tenemos un ejemplo típico de la vitalidad de un organismo que retiene elementos de salud en su grave enfermedad, y que renace de nuevo después de parecer que ha estado en la agonía.

Hay, por último, intervolución, es decir, que por la fuerza de las cosas, ciertos pueblos sufren hoy fatalmente una interpenetración recíproca, que por decirlo así, les insufla una nueva vida. De ese modo, los pueblos latinos, respecto de los cuales es de un buen tono deplorar la decadencia, aunque fuesen realmente decaídos, no podrían menos de hallar el equilibrio del hombre sano por la sola cohesión con sus vecinos reputados superiores. La civilización europea recibe la infusión de sangre nueva por el acceso de los japoneses a su manera de obrar; los últimos Pielos Rojas son absorbidos por la circulación americana; todos los pueblos «entran en la danza», y sus elementos mejores se adiestran por ello poderosamente. En lo sucesivo la cuestión de progreso abarca toda la Tierra.

Por lo demás, los vaivenes, la serie de las acciones y reacciones de los progresos y retrocesos que constituyen la historia, han de concordar con las grandes oscilaciones del planeta, influido él mismo por los astros, y principalmente por el Sol, el gran foco de la luz, del calor y del magnetismo terrestre. El período marcado por el crecimiento y decrecimiento alternativos de las manchas del Sol es uno de esos reguladores cosmogónicos con que los sabios, astrónomos, geógrafos, economistas, han tratado de determinar la acción sobre el clima, las cosechas, la serie de años abundantes y de años escasos, de los tiempos de prosperidad material y de los adversos. Creyóse encontrar así un ritmo de unos once años, que resulta tan poco definido como la alternación de las manchas solares. Brückner ha hecho constar también, a lo menos para las comarcas de la Europa occidental, la existencia de triple duración, que comprende alternativamente una serie de años más o menos húmedos, que, por contraposición, dan a las sociedades un ritmo económico y político correspondiente.

Independiente de esos períodos cuya duración ni siquiera alcanza la de una vida humana ordinaria, se piensa en hacer constar extensos balances terrestres y celestes, cuya influencia repercutiría necesariamente sobre la historia de la humanidad; ¿no parece evidente que los grandes ciclos cósmicos han de acompañarse de fenómenos que repercutan en la vida de los hombres subordinados a la Naturaleza? No puede dudarse respecto de las alternativas que producen el aumento de los hielos de un polo y el deshielo del otro; y puede creerse con ciertos matemáticos¹ que las oscilaciones seculares de la corriente magnética a derecha e izquierda del polo corresponden también a un «año grande» en el desarrollo del género humano. Pero ¿cuál es la duración exacta de la revolución completa de la aguja imantada al este y al oeste del polo boreal de la Tierra? Todavía no se sabe con exactitud, puesto que las primeras observaciones no se hicieron con el rigor necesario: los anales del magnetismo terrestre son en gran parte hipotéticos, y las evaluaciones finales a que han llegado los diversos sabios presentan aún grandes vacíos. Según Chazallon², la brújula apuntaba hacia el Norte verdadero en el año

¹ R. Brück, *L'Humanité, son Développement, sa Durée*.

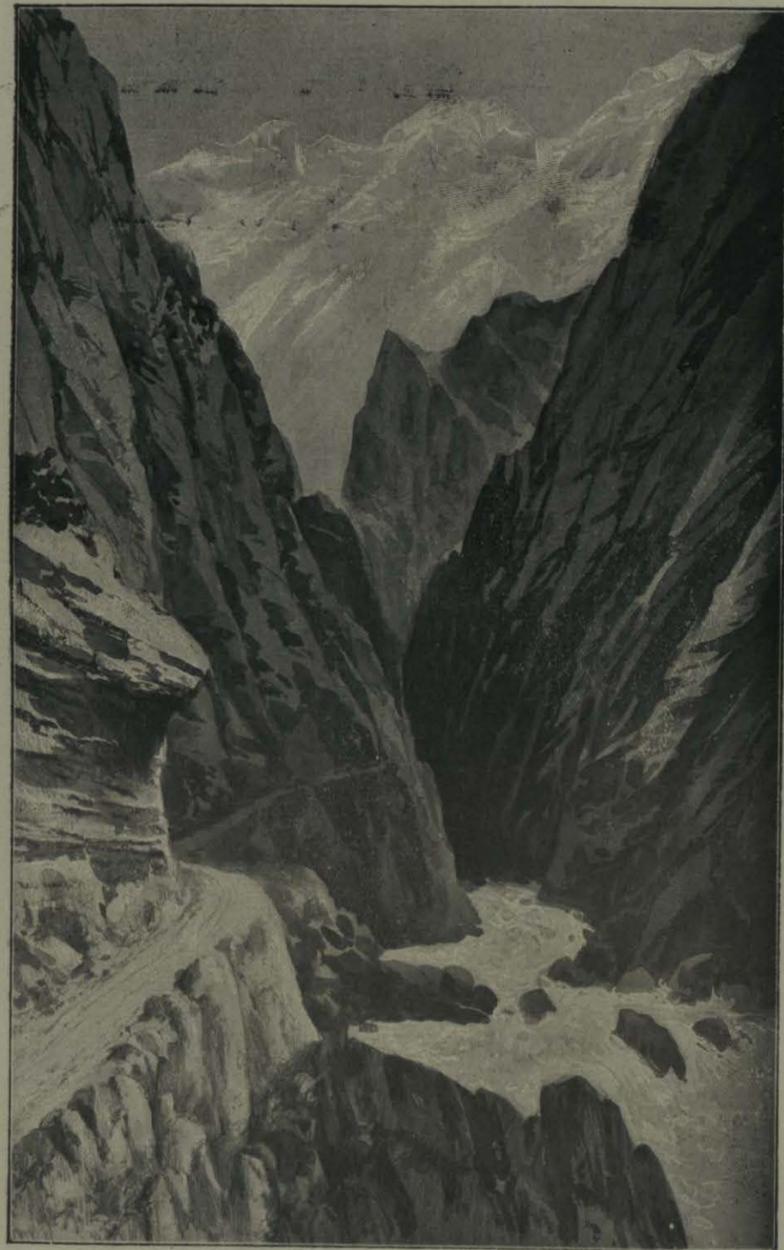
² *Annales du Bureau des Longitudes*.

1663, y, después de haber declinado constantemente hacia el Oeste hasta 1814, época en que el ángulo de declinación formado con el meridiano terrestre excedía $22 \frac{1}{2}$ grados, vuelve hacia este meridiano para coincidir con él en el año 2151. El período total, o, por mejor decir, el semiperíodo, porque habría también que tener en cuenta el curso de la aguja durante su declinación hacia el Este, sería, pues de 488 años. Brück da otra evaluación: 517 años¹. Por último, John Parker, añadiendo más de un siglo al resultado del precedente cálculo, fija la duración del año magnético en 645 años, y piensa que este año se confunde con la revolución del planeta alrededor del centro de la órbita solar².

Como se ve, es temeraria la pretensión del conocimiento del período de oscilación magnética: la aguja imantada, incesantemente flotante, tiene en apariencia el aspecto más caprichoso; su movimiento varía de año en año, de minuto en minuto, de segundo en segundo. Sería más imprudente aún arriesgar un plan de concordancia regular entre las oscilaciones del magnetismo terrestre y las de la historia de los hombres. La tentativa de este género hecha por el matemático Brück condujo a las afirmaciones más extrañas: habiendo fijado en 22702 años—ni uno más, ni uno menos—la duración total de la humanidad, el autor divide la historia en 44 períodos magnéticos, los dos primeros comprendidos entre la creación del mundo y el diluvio. En 1900 cumplió exactamente el género humano 5924 años, lo que representa para él el principio de la edad madura, y diez pueblos-jefes se han sucedido a su cabeza; más de otros treinta seguirán hasta que una revolución geológica destruya la corteza terrestre y, con ella, los que la habitan. En la exposición de esta hipótesis se ha supuesto que ciertas fechas marcaban otras tantas explosiones sociales: 493, 1009, 1523, y, no obstante, el autor se ve obligado a explicar al admirado lector la significación de esas fechas fulgurantes que indican respectivamente el «nacimiento de la idea cristiana», «el aniquilamiento de las ideas paganas», la emancipación de la idea cristiana, «verdadera ante todas las cosas». Es decir, que el ritmo de la historia no tendría otra regla que la fantasía del escritor.

¹ *Annales du Bureau des Longitudes*, p. V.

² *Journal of the American geographical and statistical Society*, 1870.



DESFILADERO Y GARGANTAS

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la historia. La teocracia tiene sus historiadores que ven las cosas y juzgan los hombres a su manera, abandonándose a lo que creen ser la inspiración divina; la monarquía tiene también sus escritores que comprenden los acontecimientos según su educación y su comprensión propia, y que pintan la vida de la humanidad sujeta como una sombra que contrasta con el glorioso esplendor del soberano; las aristocracias diversas, la burguesía moderna poseen también intérpretes especiales que ven, oyen y piensan por los sentidos y según los intereses y las preocupaciones de sus amos. Por último, en cada nación, en cada ciudad, en cada pequeño clan de civilizados, cada institución se hace representar en la historia por una imagen concebida desde su punto de vista propio, rechazando a último término todo el resto del mundo. Compárense dos relaciones de forma imparcial debidas a escritores honrados, pero de patriotismos rivales, que expliquen una batalla realizada a la plena luz de este siglo y que apoyen sus discursos en documentos detallados, en estadísticas reputadas como exactas, ¡qué diferencia entre las dos versiones! y ¿qué pensar entonces de la historia de los tiempos, sobre los cuales no poseemos más que libros o simples fragmentos escritos, sin el examen ni la comprobación de ninguna crítica, por los representantes de un solo pueblo o hasta de una sola casta, en vista del interés de un pequeño grupo o de un solo individuo? Evidentemente, los hechos materiales relatados por los antepasados no pueden inspirar la menor confianza, puesto que no son ilustrados por la discusión de testimonios contradictorios: los detalles no tienen más interés que el de la anécdota. En la investigación de la verdad histórica, hay que limitarse a considerar como adquiridos los fenómenos generales, los grandes movimientos de vaivén que hace constar la marcha de la civilización tomada en su conjunto.

Pero no basta conocer la incertidumbre de los anales y leyendas reunidas bajo el nombre de historia; lo que hemos aprendido una vez continúa obsesionando nuestro cerebro, y, a pesar nuestro, toda clase de errores y mentiras toman en nuestros recuerdos el lugar de verdades. Sin hablar de las narraciones bíblicas, reconocidas por todos como mitos, todavía referidas en las escuelas bajo la misma

forma que los acontecimientos verdaderos, ¿no es verdad que la enseñanza de la historia ha conservado su carácter autoritario y despótico? Los personajes dominantes, aquellos ante los cuales se hacen desfilar los siglos, son los hombres funestos que suscitaron el odio entre los pueblos y fundaron su gloria sobre el choque y el destrozo de los ejércitos: Sesostris, ese matón que vivió para hacerse reproducir en escultura colosal ante todos los templos, ese fanfarrón que hizo grabar sus hazañas, verdaderas o falsas, en todas las paredes¹; Alejandro el Macedonio, bárbaro que triunfó de los persas merced al genio de Grecia y que empeñó su orgullo en que se le divinizará como dios de Asia²; César, que representaba en Roma la democracia victoriosa y que, coronándola, la privó en lo sucesivo de toda libertad; Napoleón, «la Revolución con botas y espuelas», que legó un siglo de venganza a las naciones vencidas.

Purificar la historia de la influencia ejercida por esos errores es, pues, la tarea por excelencia de los escritores que se colocan en un punto de vista verdaderamente humano, superior a todos los odios de razas, de naciones y de partidos. Hombres estudiosos en gran número se han dedicado a esta obra, y, gracias a ellos, puede decirse que la historia cambia de alma; se renueva por el sentido moderno, infinitamente más amplio, que da a su enseñanza; no se atiene a un solo pueblo, como la *Historia* pretendida *universal* de Bossuet; ni a una sola clase, como la mayor parte de las obras que se ponen en manos de los niños y de los jóvenes; estudiando la Humanidad entera en su masa profunda; comparando el desarrollo sucesivo, paralelo o entrecruzado de los pueblos, con sus mitos, sus intereses y sus pasiones, renueva el mundo en vista del bien de todos. Así como el hombre hizo antiguamente sus dioses a su imagen, el historiador reconstruye nuestra experiencia, desprendiendo de la multitud indistinta de los hechos el ideal que en todo tiempo, aunque inconscientemente, nos dirigió hasta una época próxima. El armazón de los hechos generales que sirvió a los historiadores antiguos nos queda aún y hasta se engrandece constantemente por las adquisiciones de los investigadores; el edificio mismo se reconstruye en pro-

¹ Fr. Lenormand, *Les Premières Civilisations*.

² J. Michelet, *La Bible de l'Humanité*.

porciones más amplias, siguiendo otro plan, con ordenación más lógica, sin las capillas ni salas de honor anteriormente reservadas. Vico nos dijo que la historia se descompone en tres épocas, de los Dioses, de los Héroes y de los Hombres: se querría retenernos aún por fuerza en la una o la otra de las dos edades ya transcurridas; pero hemos entrado resueltamente en la de los Hombres.

Más pronto o más tarde, la historia se dividirá en dos períodos: el del Azar y de la bárbara Ignorancia, el de la Ciencia o de la Razón, como ya decían los Enciclopedistas. Ha habido demasiado apresuramiento en hacer remontar la historia moderna al advenimiento de la Reforma¹, período en que los que pretendían estar en posesión de la verdad querían también imponerla por la fuerza. «La humanidad no acaba por andar derecha hasta después de haber probado todas las maneras de andar torcida» (Spencer).

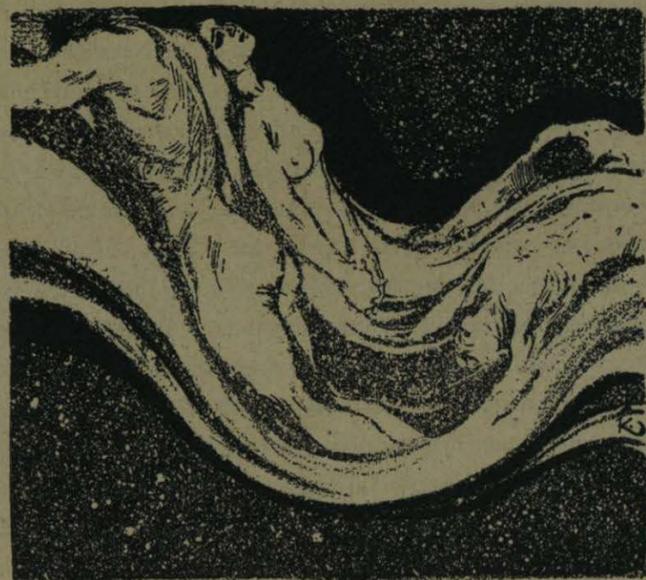
En ese nuevo cosmos, puramente humano, el estudio de la historia no admite ya, como en otros tiempos, la intervención divina del milagro, cambiando a capricho la sucesión de los acontecimientos, ni la apoteosis de algunos personajes legendarios, colocados fuera de los simples mortales y dispensados por su genio de someterse al curso ordinario de las cosas: en lo sucesivo la ciencia del desarrollo humano está bajo la dependencia de los mismos métodos que las otras disciplinas intelectuales; no progresa sino por la observación rigurosa, la comparación estricta e imparcial, y la clasificación de los hechos, cuidadosamente ordenada en el espacio y en el tiempo.

Cualesquiera que sean las leyes o a lo menos las apreciaciones generales a que este largo trabajo conduzca a los historiadores, éstos hacen constar ya, sin excepción alguna, que la serie de los acontecimientos se cumple por una alternación de impulso y de reposo, por una serie de acciones y de reacciones, o de flujo y de reflujo, de «cours y de recours» como decía Vico. Hombres y pueblos «dan una vuelta y se van», pero se van para volver en un círculo siempre mayor.

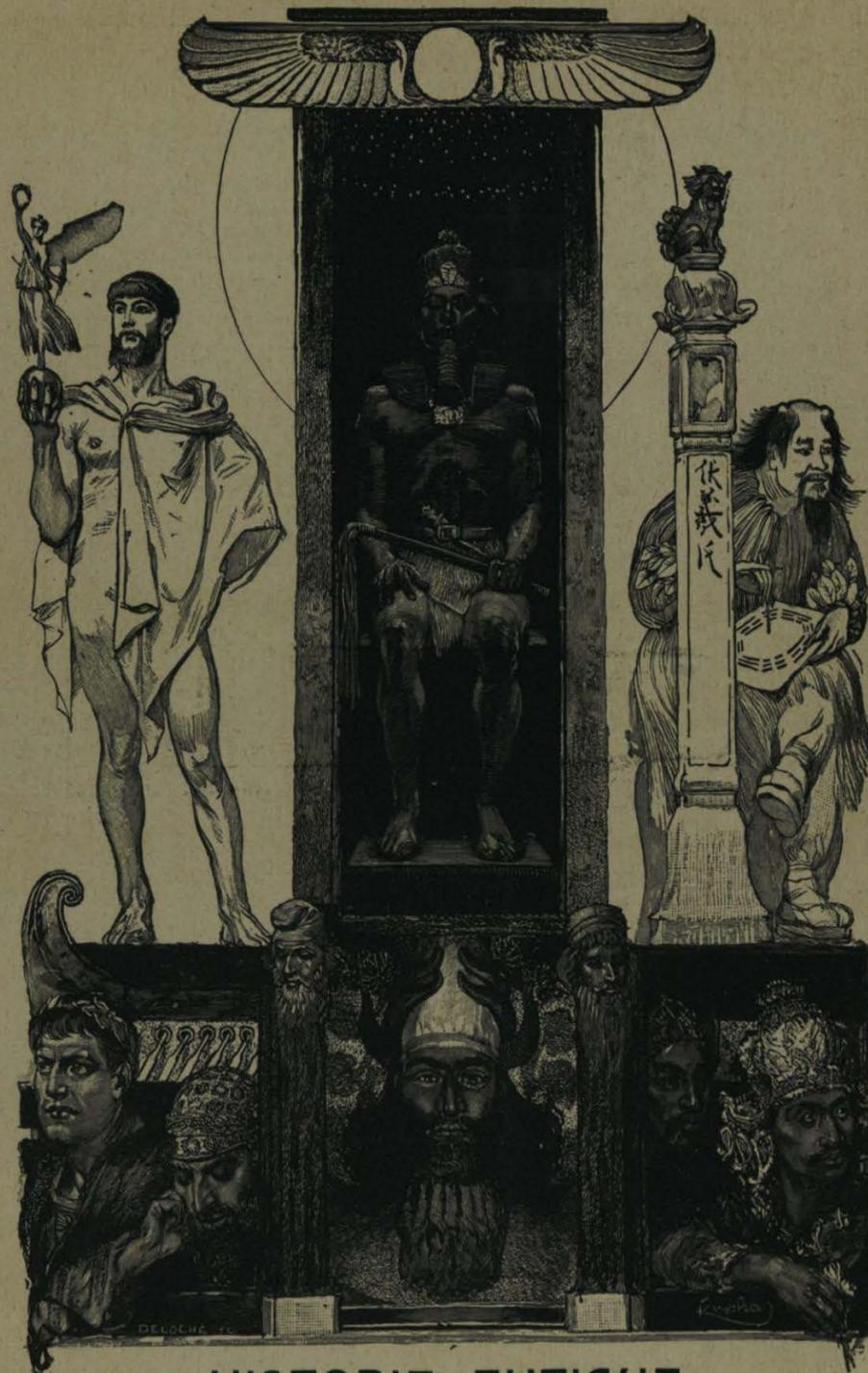
Desde los orígenes de los tiempos históricos no ha cesado de aumentar la amplitud de las oscilaciones, y los mil pequeños ritmos locales se han meclado poco a poco en un ritmo más amplio: a las ínfimas alternaciones de la vida de las ciudades suceden las oscila-

¹ Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

ciones más generales de las naciones, después el gran balanceo mundial, haciendo vibrar toda la Tierra y sus pueblos en un mismo movimiento. Y en tanto que las vueltas y revueltas aumentan su amplitud, otra palpitación se cumple en sentido inverso, tomando cada individuo por centro de llamada y arreglando más armónicamente su vida con los círculos más extensos de las ciudades, de las naciones y del mundo. La sociedad es el «Gigante» de innumerables sentidos de que habla Aristóteles, pero ese mismo gigante no se comprende sino por los mil análisis del hombre individual, por «la apreciación delicada» (Gobineau) de cada minuto del presente.



LIBRO SEGUNDO



HISTORIA ANTIGUA